

semejanza que tienen con la historia da lugar á colocarlas á continuacion de ella. Finalmente, las composiciones didácticas suelen aparecer bajo la forma epistolar ó dialogal, y por lo mismo es conveniente hablar de estas formas para concluir lo relativo al género didáctico. Esto supuesto, tratémos aquí:

PRIMERO, de la historia verdadera.

SEGUNDO, de la historia ficticia.

TERCERO, de las disertaciones.

CUARTO, de los cursos elementales.

QUINTO, de los tratados magistrales.

SEXTO, de las formas dialogal y epistolar.

ARTÍCULO PRIMERO.

DE LA HISTORIA.

Entiéndese por historia, la *narracion exacta, fiel y ordenada de los hechos de cualquiera género que sean*. Estos hechos corresponden exactamente á los diversos conductos que señalámos hablando del criterio, y son el sentido íntimo, la relacion de los sentidos y el testimonio de los hombres. El sentido íntimo nos revela todas las cosas que pasan dentro de nosotros mismos, las cuales, exacta y propiamente hablando, son unos verdaderos hechos, y constituyen, en clase de tales, el fundamento de las ciencias metafísicas. El segundo nos pone en comercio con la naturaleza física, cuyos seres y fenómenos son unos verdaderos hechos, y por lo mismo, en clase de tales son la basa de todas las ciencias naturales; los terceros nos ponen en relacion con lo pasado y el porvenir, puesto que mediante el humano testimonio recorremos los siglos que nos preceden, y hablamos á las generaciones que vendrán despues de nosotros.

Es pues claro que, hablando de la historia, podemos y debemos admitir esta clasificacion, tanto para descubrir las cualidades que debe tener el historiador, como para juzgar las reglas á que está sujeta la especie de historia de que se trate.

La historia en cada uno de sus géneros tiene un carácter fundamental, puesto que de los hechos ha de partirse para estudiar las relaciones, fijar los principios, deducir las consecuencias y hacer las aplicaciones en cualquiera mate-

ria. Para que la historia llene su objeto, es indispensable que el historiador reúna los conocimientos y tenga los caracteres que supone la noble mision de referir los hechos para instruccion y mejora de los que han de estudiarlos: segundo, que los refiera de una manera correspondiente á la importancia del asunto, en términos de excitar el interes y satisfacer al buen gusto. Es pues necesario notar separadamente las cualidades del historiador y las condiciones literarias ó artísticas de la historia. Finalmente, habiendo ya tratado en esta obra de algunos puntos íntimamente relacionados con el presente, debemos concluir fijando estas relaciones, así para suministrar los antecedentes necesarios, como para facilitar el estudio de cada género en su unidad filosófica.

CAPÍTULO PRIMERO.

CALIDADES DEL HISTORIADOR.

Estas, enteramente relativas al objeto, se deducen de la naturaleza misma de la historia. Para que la historia sea lo que debe ser, es por lo mismo indispensable: primero, que el hecho quede radicalmente fijado; segundo, que se coloque, digámoslo así, á las puertas de la ciencia, de manera que por sí mismo atraiga el entendimiento al estudio de sus diversas relaciones; tercero, que se presente con aquel despejo y claridad indispensables para no confundir las ideas con redundancias inútiles; cuarto, que admita útiles aplicaciones al objeto final de la ciencia.

De estas consideraciones han deducido los maestros del arte, que el historiador para ser lo que debe, ha de reunir cuatro circunstancias; *instruccion, fidelidad, discernimiento y moralidad*. A estas mismas nos atenderémos para fijar los caracteres en el presente capítulo.

§ I.

INSTRUCCION.

Entiéndese por instruccion un conocimiento completo, exacto y verdadero de los hechos que van á referirse. Si estos se versan en el órden físico, han menester de ser muy atenta y escrupulosamente observados, despues de haber sido depurados en el criterio que les es propio. Si pertenecen al órden puramente interior, demandan meditacion,

análisis, lógica muy estrecha; pues aunque la conciencia sea, como ya dijimos, un motivo metafísicamente cierto de juzgar acerca de lo que pasa dentro de nosotros mismos, cuando esto figura ya como un hecho que debe ser objeto de la historia, necesita que la conciencia concurre con todas las otras facultades para que los hechos internos se examinen, coloquen y distribuyan de la manera más adecuada para ser bien estudiados. Después de lo que dejamos dicho en los lugares respectivos hablando del criterio físico e intelectual, no creemos necesario añadir nada á propósito de la instrucción con que debe contar el historiador metafísico y el naturalista: pasémos pues al otro objeto de la historia.

Este es, como ya se ha dicho, el movimiento moral y externo de la humanidad, abraza todos los acontecimientos ó sucesos que pasan en el mundo, y la narración de ellos constituye la historia por excelencia, la que sirve de fundamento á las ciencias religiosas, morales y sociales. Ahora bien, "consistiendo esta, dice Gómez Hermosilla, en que el historiador esté enterado muy á fondo de los hechos que ha de referir, y de todo lo que sea necesario para darlos á conocer completamente; es claro que deberá saber: primero, la geografía del país ó países en que pasaron aquellos hechos: segundo, todas las circunstancias de personas, lugares y tiempos; sus motivos ó causas, y los efectos que produjeron: tercero, el estado político de la nación ó naciones que en ellos intervinieron, ó á las cuales se extendió su influencia; la forma de su gobierno, su legislación, rentas, comercio, fuerzas militares, usos y costumbres, estado de civilización, carácter y genio de sus habitantes &c.; y cuarto, sobre todo, la naturaleza humana en sí misma; porque sin estos conocimientos no podrá juzgar con acierto de los hechos, ni descubrir sus causas, ni graduar sus resultados."

"PRIMERO. La instrucción en la geografía le es absolutamente necesaria, para que acaso no le suceda lo que á un mal historiador, que por ignorarla trasladó desde la Siria á la Mesopotamia la ciudad de Samosata con sus murallas y ciudadela, como dice graciosamente Luciano. Y aun sería bueno además que el historiador no se contentase con las noticias geográficas que pueden suministrar los libros y los mapas, sino que viajase él mismo por los países que fueron teatro de los hechos que cuenta, y que por este medio adquiriese cabal noticia de su topografía, para describir con exactitud, cuando sea necesario, algún paraje, y apreciar en su justo valor las dificultades que el terreno opuso á las empresas militares y á las marchas de los ejércitos. Ya se

deja conocer que esto sería imposible si emprendiese una historia universal, y muy difícil si hubiese de escribir la de una gran parte del globo, como la de América. En tales casos puede contentarse con las noticias de los libros."

SEGUNDO. "Es igualmente claro que ántes de tomar la pluma debe hacer un grande acopio de materiales, consultando los documentos más fidedignos, cotejando y comparando con crítica las diversas relaciones publicadas é inéditas en que se hallen consignados los hechos que ha de escribir, fijando sus datos con toda exactitud, y no dejando nada incierto, si ser puede, en cuanto á sus circunstancias. Sobre todo, al tiempo de coordinarlos y presentarlos, es necesario que por el orden mismo haga ver sus causas, su mútuo enlace, el encadenamiento secreto de circunstancias y hechos anteriores que los prepararon, y el influjo que cada uno de ellos tuvo en los que se le siguieron. En esto consiste precisamente lo que se llama la filosofía de la historia, y en esto se diferencia de los meros compiladores el verdadero historiador."

TERCERO. "Le es necesario, como he dicho, un gran conocimiento de la política, de la ciencia del gobierno, y de lo que se llama estadística de las naciones. Sin esta instrucción no podrá formarse ideas claras de la fuerza, riqueza y poder de aquellas cuya historia escribe, y de las otras que hayan tenido con ella algún punto de contacto; ni señalar las causas de sus revoluciones, ni determinar sus relaciones particulares y sus respectivos intereses. Cuando se exige del historiador esta profunda instrucción en materias de política y de gobierno, no se quiere decir que luego al escribir haya de interrumpir á cada paso la narración, para hacer disertaciones filosóficas y dar lecciones de política. Al contrario, un buen historiador no debe hacer otra cosa que suministrar á sus lectores oportunamente, y cuando la narración misma lo exija, los datos necesarios para la cabal inteligencia de su asunto, dándoles á conocer la constitución y estado político y comercial de los países de que trata, y sus mútuas relaciones. Mas luego que les ha puesto en la mano los materiales necesarios, para que ellos puedan juzgar por sí mismos, no debe prodigar sus propias opiniones, ni entrar en largos razonamientos. Y si alguna vez le fuere necesario entablar una discusión formal para fijar la verdad sobre puntos dudosos, ó hacer observaciones sobre algún acaecimiento singular y de extraordinario influjo; ha de poner mucho cuidado en no reproducir muy á menudo semejantes discusiones y comentarios."

CUARTO. "Además de los conocimientos políticos debe haber estudiado muy á fondo el corazón humano. Sin esto, no podrá discurrir sobre la conducta y carácter de sus personajes, ni atinará con los secretos resortes que les hicieron obrar de tal ó tal modo en tales y tales circunstancias. Estos secretos móviles son las pasiones, y mal podría descubrirlos el que no haya estudiado la naturaleza del hombre, y penetrado en los mas íntimos repliegues de su corazón. En esta parte ningún historiador antiguo ni moderno es comparable con Tácito. Ninguno ha conocido tan bien al hombre, ninguno ha presentado una copia tan fiel de la naturaleza humana."

§ II.

FEDELIDAD.

"Bajo esta cualidad genérica se comprenden otras muchas que indicaré sumariamente, porque la sola indicación bastará para que se conozca cuán necesarias son en un historiador."

PRIMERA, "*Veracidad*. Pues que la historia no es una fábula compuesta con solo el designio de agradar, y que hable á la imaginación y á las pasiones, sino una instrucción seria que habla con el entendimiento y la razón; es claro que el historiador no solo no ha de fingir ningún hecho; pero ni aun ha de añadir á los verdaderos alguna circunstancia que los haga mas interesantes, y les dé, por decirlo así, un colorido poético. El no tomarse semejantes libertades es mas difícil de lo que parece; porque, como ya observó juiciosamente Ciceron, todos los hombres somos inclinados á añadir, cuando contamos un suceso, alguna cosa que le dé realce; particularmente si es favorable y grato á aquellos á quienes se lo contamos."

SEGUNDA, "*Exactitud*. Por la misma razón es evidente que tampoco ha de arrogarse el derecho de omitir alguna circunstancia importante, ó para disminuir la gravedad de las acciones vergonzosas y criminales, ó para menoscabar el mérito de las ilustres y virtuosas."

TERCERA, "*Imparcialidad*. Excusado parecia recomendar esta calidad á los historiadores. Todo el que aspire á merecer este título, debe saber que desde que toma la pluma para escribir la historia, deja de ser Griego ó Romano, Es-

pañol ó Frances, Guelfo ó Gibelino, y se transforma en un maestro del género humano, superior á todo espíritu de partido y á toda querencia de patria, familia, profesion &c. Sin embargo, rarísimos son hasta ahora los historiadores verdaderamente imparciales. Algunos, por aparentar que lo eran, dieron en el extremo opuesto; y huyendo de parecer afectos á su patria, casi se declararon sus enemigos; y poquísimos son los que no han torcido los hechos para hacer triunfar al pueblo, partido, facción ó cuerpo predilecto, ó á lo ménos para acomodarlos á sus opiniones personales."

CUARTA, "*Incorruptibilidad y libertad*. Estas son condiciones necesarias para poder ser imparcial. El hombre que por avaricia ó ambición sea capaz de desfigurar los hechos para adular á algun poderoso, ó grangearse el favor de cualquier gobierno, partido, secta ó corporación, ó que por miedo no tenga valor para decir la verdad toda entera; renuncie al honroso título de historiador, es decir, de preceptor de los hombres. Estas calidades se refieren particularmente al que escribe la historia de su tiempo. Y como es tan difícil que un particular pueda desentenderse de toda mira de interés personal, y arrostre las persecuciones ó disgustos que puede acarrearle su franqueza; de ahí es que las historias que se escriben en la época misma de los acontecimientos, no son por lo comun completamente imparciales. Ser justo con los muertos no es empresa muy ardua; para hacerlo con los vivos es necesario un esfuerzo extraordinario."

QUINTA, "*Candor*. Este consiste en que el historiador, ó por aparentar imparcialidad, ó por mostrarse sagaz, no preste acaso á los personajes de su historia miras secretas ó refinamientos de maldad de que tal vez estuvieron muy distantes. Es menester no ver en los hechos mas de lo que realmente hai, ni prestar á los hombres mas malicia de la que tienen; como al contrario, es preciso no creer en sus aparentes protestas de rectitud y de amor al bien público, sobre todo cuando no están muy de acuerdo con su conducta ó con sus intereses. Estos son siempre los que los mueven, y por ellos debemos juzgar de su intención, no por sus palabras."

§ III.

DISCRIMINAMIENTO.

"Una de las cosas que hacen mas difícil escribir la historia, es la multitud de hechos que el país mas limitado presenta

en una época determinada por corta que esta sea. Un Estado se compone de varias provincias subdivididas en distritos; cada una de estos comprende mas ó ménos poblaciones; cada poblacion tiene cierto número de familias, y cada una de estas cuenta algunos individuos. Querer pues dar razon de todo lo que en la época escogida hizo la nacion entera, y cada provincia, cada distrito, cada poblacion, cada familia, cada individuo; sobre ser materialmente imposible saberlo, seria el mayor absurdo. La historia es una leccion útil á todo el género humano; y así no debe contener mas hechos que los que presenten cierto interes general, y cuyo conocimiento pueda ser de alguna utilidad. Hechos sueltos que no han influido ni en bien y en mal sobre la suerte de las naciones, podrán ser objeto de curiosidad; pero nunca serán parte legitima de una historia verdaderamente filosófica. Si con arreglo á este principio se refundiesen ahora todas las que existen, ¡á cuán poco quedarían reducidas algunas mui voluminosas! Así, el discernimiento del historiador consiste en saber distinguir y escoger entre la multitud de materiales que tiene á la mano, los que sean dignos de entrar en su obra, y esta eleccion no es tan fácil como pudiera creerse. En las historias de un solo suceso de corta duracion no es mui difícil; pero en las generales que abrazan tantos siglos y tanta multitud de acontecimientos, es sumamente dificultosa, y el saber hacerla uno de los mayores méritos del historiador."

§ IV.

MORALIDAD.

"Debiendo escribirse la historia para instruccion del género humano, es innegable que en toda ella han de reinar una sana moral y una política justa. El historiador, tanto en la narracion de los hechos como en la descripcion de los caracteres, se ha de mostrar partidario zeloso de la virtud y de la justicia. No quiere decir esto que á cada paso, ni nunca, haya de romper el hilo de la historia para dar lecciones formales de moral; ni que haya de predicar la virtud como un misionero; ni que á cada accion que cuente añada, como algunos hacen, frias y triviales moralidades que al lector se le ocurren fácilmente; sino que en el modo mismo de contar los hechos ha de mostrar siempre amor á la virtud é indignacion contra el vicio, y que nunca ha de

aprobar una accion injusta, ni excusas, y mucho ménos alabar la política de los gobiernos cuando no está fundada en la moral. No sé si hai algun historiador enteramente exento de censura en esta parte."

CAPÍTULO SEGUNDO.

REGLAS DE LAS COMPOSICIONES HISTÓRICAS CONSIDERADAS EN SÍ MISMAS.

Reservando para el capítulo tercero hacer á propósito de la historia las observaciones particulares que se nos puedan ocurrir, trascribiremos textualmente la doctrina del citado autor en materia de reglas: porque en esta materia debe preferirse copiar lo mas conciso y exacto de algun tratadista, al ridículo empeño de decir lo mismo con diferentes frases y un mero cambio de redaccion. Oigámos pues lo que dice á este propósito Gómez Hermosilla en su *Arte de Hablar en prosa y verso*.

"En cualquiera historia es necesario distinguir: primero, el plan; segundo, el modo de contar los hechos, ó la narracion; tercero, los retratos que el autor hace ó puede hacer de algunos personajes; cuarto, las arengas ó discursos que pone en su boca ó refiere sustancialmente; quinto, las reflexiones que hace sobre los hechos que cuenta."

§ I.

PLAN.

"Las composiciones históricas son de varias clases. Hai historias generales y particulares, hai anales, memorias y vidas. Historias generales son la de una nacion, provincia ó ciudad en toda la duracion de su existencia, como la de Roma por Tito Livio, y la de España por Mariana. Particulares las de algun suceso parcial, como la guerra del Peloponeso por Tucídides, la conjuracion de Catilina por Salustio. Por anales se entiende la relacion de los sucesos memorables acaecidos durante un periodo de tiempo mas ó ménos largo, dispuesta por orden cronológico y año por año. Se da el nombre de *memorias* á una composicion en que el autor se propone dar cuenta, no de todos los hechos verificados en el periodo que abrazan las memorias, sino de aquellos solamente en que él mismo ha intervenido, ó que solo él ha estado en situacion de conocer circunstancialmente.

Las vidas son historias particulares, no de un suceso, sino de algun personaje. Cada una de estas formas pide diverso plan.”

“Los anales y las memorias, que mas bien pueden llamarse materiales para la historia que historias formales, piden que se siga rigurosamente el orden cronológico, y son como trozos sueltos. Las vidas, pues que cada una forma un verdadero todo, una historia completa, son susceptibles de cierta unidad. Aunque abrazan todas las acciones memorables del héroe y todos los sucesos en que tuvo alguna parte; como por estos medios llegó aquel al último estado de elevacion ó abatimiento, de prosperidad ó desgracia en que terminó su vida: se ve que refiriéndolos todos á este último término, y haciendo sentir el encadenamiento oculto por el cual unos acontecimientos que parecen independientes, le condujeron á aquel punto de grandeza ó humillacion en que acabó su carrera; puede y debe el historiador presentar un cuadro completo que, aunque compuesto de muchas partes, sea verdadera y rigurosamente uno. Esto es lo que no siempre han observado los biógrafos. Los mas de ellos presentan los hechos tan desunidos, que apenas podemos descubrir la influencia que cada uno de ellos tuvo en la suerte final del personaje, y parecen mas bien apuntaciones para escribir su historia, que la noticia formal de su vida puesta ya en orden y arreglada. Las historias particulares son mas susceptibles de esta unidad de plan; y faltaria groseramente á este gran principio de la unidad, tan necesario de observarse en toda composicion literaria, el historiador que limitándose á un solo suceso memorable, no acertase á reunir y enlazar todos los hechos subalternos de que se compone, de modo que formen un solo todo.”

“Mas difícil es dar esta unidad á una historia universal, y tanto mas, cuanto mas tiempo comprenda y se extienda á mas pueblos. Sin embargo, tambien estas pueden y deben ser en cierto modo unas, aun abrazando muchos siglos y tanta multitud de hechos al parecer inconexos. Para esto es menester que el autor se proponga siempre como centro en el cual vengan á reunirse todos los sucesos que refiere, el último estado de poder ó decadencia, de ilustracion ó barbarie, á que vino ó vinieron á parar la nacion ó naciones de que está tratando. La historia entera del linaje humano puede hacerse una, si se saben encadenar sus diversas épocas y todas las revoluciones particulares de los pueblos, de manera que se vea porqué grados y porqué serie de causas las familias primitivas dispersadas en Babel se fueron suce-

siva y gradualmente reuniendo en pequeñas sociedades, cómo estas se fueron incorporando unas con otras y formaron Estados mui populosos, cómo estos se desunieron despues, y formaron naciones mas limitadas, cómo y por que combinacion feliz de circunstancias algunos pueblos llegaron en ciertas épocas á un alto grado de civilizacion, cómo luego por un concurso de acontecimientos fatales decayeron de aquel punto de saber y cultura; y cómo esta nació, se aumentó, se extendió, y ha llegado al estado en que hoy la vemos. Este es el modo único de dar interes á la historia y de hacerla útil. Saber lo que ha pasado por solo saberlo, puede servir de pasatiempo; pero si á este se ha de juntar la utilidad, es menester que lo pasado nos instruya para lo venidero. Y esto solo puede conseguirse, si se nos hace ver cómo ha influido en nuestra suerte actual bueno ó malo. Si es bueno, para que fomentemos las causas de nuestra prosperidad; si es mala, para que evitemos los errores que á ella nos han conducido. Para saber coordinar una grande historia de este modo filosófico é instructivo, se necesita mucho talento.”

§ II.

NARRACION.

“A cuatro pueden reducirse las dotes de toda narracion histórica, cualquiera que sea la clase y forma de la composicion, es decir, ya la historia sea general ó particular, ya la vida de un solo personaje, y ya se escriba en forma de anales ó de memorias. Estas dotes son *claridad, brevedad, ornato, dignidad.*”

“La claridad consiste en que los hechos se refieran con orden, y de modo que se vea su conexión. Para conseguirlo es menester que el historiador siga el orden de tiempo, sin equivocar ni fechas ni lugares; ni otras circunstancias que sea conveniente distinguir; que no nos lleve repentinamente de un país á otro, que no interrumpa la relacion de un hecho para intercalar la de otros totalmente inconexos, que no corte el hilo con inoportunas ó inútiles digresiones, que pase de un acontecimiento á otro con naturalidad, fundando la transición, no en razones de conexión vagas y arbitrarias, sino en la dependencia misma de los hechos; y sobre todo que halle medio de formar una sola cadena de tan-

ta multitud de sucesos, al parecer incoherentes. Para esto es menester no poca habilidad y destreza: es preciso que el historiador domine enteramente la materia, y sea capaz de verla toda desde un solo punto de vista."

"La brevedad exige que el historiador pase rápidamente por los sucesos poco interesantes y hasta en los que sean de mayor consideración por sí mismos, ó mas fecundos en consecuencias, debe omitir las circunstancias inútiles, escoger las mas relevantes, y presentarlas por el lado mas luminoso. Unas pocas circunstancias notables bien escogidas nos pondrán á la vista los hechos, mucho mejor que la enumeración individual de todas sin dejar una; porque entre ellas siempre hai algunas de poca ó ninguna importancia, que el lector adivinará y suplirá fácilmente aun cuando no se le indiquen. Esta feliz elección de las circunstancias es lo que se llama *pintura histórica*; parte en la cual ningún historiador moderno ha igualado á los antiguos, particularmente á los cuatro latinos César, Salustio, Livio y Tácito."

"La historia admite el ornato y la elegancia en un grado bastante elevado; pero los adornos con que quiere ser engalanada, han de ser de buen gusto y sólidos, no falsos relumbrones ni vana hojarasca. La simple narración ha de ser rápida; las descripciones y pinturas animadas y vivas: aquella pide cláusulas cortas y sueltas; estas las admiten largas y periódicas, porque el que describe ó pinta, puede reunir mas ideas en un solo grupo que el que narra sencillamente. Todas las gracias de la elocución, todas las formas oratorias, un lenguaje figurado hasta cierto punto, y un estilo bastante armonioso pueden encontrar su lugar en la historia, señaladamente en las arengas; si se sabe distribuir todo esto con economía y oportunidad, y si estos ataviso son naturales y no buscados con demasiado estudio."

"La dignidad, que es su carácter esencial, es incompatible con los adornos frívolos, la excesiva brillantez, las sutilezas, los juegos de palabras y los conceptos epigramáticos. El estilo de la historia no ha de ser vulgar, las expresiones no han de ser bajas, y en ella no vienen bien agudezas, chistes ni chocarrerías. Un estilo burlesco, jocosos y satírico que hiciese reír, es incompatible con la gravedad de la historia. El que la escriba debe sostener siempre el carácter de un sabio que habla con la posteridad, y nunca ha de hacer el papel de gracioso ó de bufón. No quiere esto decir que el historiador no pueda variar alguna vez el tono de seriedad, que debe ser el dominante, para hacer sentir, si conviene, las miserias, debili-

dades, y aun ridículas, que suelen andar mezcladas con las cualidades mas nobles y heroicas en el carácter y la conducta de algunos personajes. Pero no debe abusar de esta libertad; y cuando crea útil dar á conocer alguna anécdota satírica, haria mejor, dice Blair, en ponerla por nota, que en introducirla en el cuerpo de la obra, exponiéndose á ser demasiado familiar."

§ III.

RETRATOS.

"Es preciso, dice mui bien Condillac, pintar á los hombres por sus acciones, no de imaginación; porque los retratos no son interesantes sino en cuanto son parecidos, y es menester mucho juicio para hacer uno que lo sea. Sin embargo, la mayor parte de los que se precian de sobresalir en este género, tienen á lo mas lo que malamente se llama *ingenio*. Andan á caza de *antítesis*, ponen en prensa sus entendimientos para hallar distinciones demasiado sutiles, no piensan mas que en hacer lindas frases, y la única cosa de que no cuidan, es de que su retrato sea el de la persona retratada."

"Los retratos, dice Blair, son uno de los mas espléndidos y al mismo tiempo mas difíciles adornos de la composición histórica, porque se consideran generalmente como lo mas delicado de la obra; y un historiador que busca el lucimiento, se expone con frecuencia á dejarse llevar de un refinamiento excesivo por el deseo de mostrarse mui profundo y penetrante. Para esto amontona tantos y tan sutiles contrastes de calidades, que en lugar de caracterizar al personaje, solo consigue deslumbrarnos con expresiones relumbrantes."

"Por las juiciosas observaciones de estos dos críticos, y las razones en que se fundan, yo aconsejaría á cualquiera que hubiese de escribir una historia, que no se pusiese nunca en el empeño de hacer retratos formales y extendidos. Los historiadores griegos, como nota Blair, hacen á veces elogios, pero no retratos completos. Tácito tampoco los tiene en el sentido riguroso que en literatura se da á esta palabra, es decir, que no enumera y reúne en un solo cuadro todas las cualidades morales y políticas de algun personaje: lo que hace es dar algunas pinceladas vigorosas, para que se vea su carácter dominante. Y los tan alabados de

Sulustio no son ciertamente lo mejor de su historia, porque tienen mucho de arbitrarios. En efecto, es muy difícil que al hacer el retrato completo de alguno, el autor no sustituya su propia imaginación á la fisonomía del retratado. Los personajes históricos, igualmente que los dramáticos, se han de pintar á sí mismos por sus acciones y conducta; y no los ha de dibujar la pluma del escritor."

§ IV.

ARENGAS.

"Los historiadores griegos desde Heródoto, y los latinos sus imitadores, insertaron en sus obras ciertas arengas que suponen fueron pronunciadas por algunos personajes en circunstancias importantes; y ó las refieren textualmente, ó dan un breve resumen de su contenido. Las primeras se llaman arengas *directas*, las segundas *indirectas*. Algunos modernos, copiando demasiado servilmente á los antiguos, han introducido también en sus obras estos retazos oratorios bajo ambas formas. Y como algunas veces son intempestivos, y otras conocidamente fingidos, porque los personajes á quienes se atribuyen no pronunciaron ni el discurso que el historiador les supone, ni otro parecido; se ha suscitado la cuestión de si tales arengas son ó no adorno legítimo de la historia. Unos las reprueban, otros las defienden, y la disputa está todavía por decidirse. Sin embargo, distinguiendo los tiempos y las diversas formas de gobierno de los diferentes pueblos cuya historia haya de escribirse; es fácil resolver la cuestión, y dar reglas seguras para introducir ó no arengas en una composición histórica."

"En los gobiernos en que no hai juntas deliberantes, y en los cuales todas las resoluciones emanan de la autoridad suprema y del solo gabinete; seria ridículo introducir oradores que en discursos formales aconsejen ó disuadan tal ó cual empresa, ó la adopción de tal ó cual providencia. Mas en aquellos gobiernos en que ó el pueblo entero, ó una junta de sus representantes, ó ciertos cuerpos colegiados deliberan sobre los negocios públicos, y en los cuales es necesario que se arengue al cuerpo deliberante, ya para aconsejarle que tome tal resolución, ya para demostrarle sus inconvenientes; nadie culpárá al historiador porque refiriendo estos debates, recapitule lo que en cada ocasion se haya di-

cho por ambas partes, ó inserte los discursos mismos que se pronunciaron; pero en este caso es menester distinguir de tiempos. Si se trata de juntas deliberantes posteriores al descubrimiento de la imprenta, como por medio de esta las actas de las deliberaciones se hallan consignadas en los periódicos ó en otras memorias coetáneas, el historiador está obligado, para no faltar á la verdad, á dar un simple resumen de lo que en ellas se dijo, ó si quiere referir los discursos mismos, á copiarlos textualmente, ya enteros, ya sus pasajes mas notables. Pero si se trata de gobiernos deliberantes anteriores á la imprenta, de los cuales es tan difícil encontrar registros auténticos que hayan conservado las literales discusiones; el historiador puede suplirlas, poniendo en boca de los respectivos oradores, si no sus palabras mismas, lo que verosimilmente debieron decir atendidas las circunstancias. Esto es cabalmente lo que hicieron los historiadores antiguos; y se engañan mucho los que creen que sus arengas son enteramente fingidas. Escriben la historia de unos pueblos en los cuales todo se hacia con arengas, se encuentran en su narracion con hechos en que necesariamente debieron intervenir, y á falta de copias literales de las que se pronunciaron, dan las que á su parecer se acercan mas á las verdaderas. No veo porqué se les ha de censurar en esta parte. Quizá alguna vez habrán hecho hablar á un personaje en ocasion en que él no habló; yo lo dudo; pero aun suponiéndolo, este caso será rarísimo. En Tucídides, que es el historiador que tiene mas arengas, no hai una sola puesta en boca de un personaje que no pronunciase entónces un discurso delante de la junta á quien la arenga se supone dirigida; y si no dijo literalmente el que Tucídides le presta, debió decir uno sustancialmente parecido. El mismo historiador nos dice que puso el mayor cuidado en que sus arengas se acercasen todo lo posible á las que fueron realmente pronunciadas."

"Por otra parte las arengas de los antiguos tienen la gran ventaja de que en ellas el historiador, sin mostrarse y sin que parezca que lo intenta, nos da noticias muy preciosas sobre la política de aquellos antiguos Estados, sobre los secretos móviles de su conducta, sobre los intereses de los diferentes partidos, y sobre otros objetos no ménos interesantes; noticias que con dificultad hubiera podido interpolar en la narracion, sin interrumpirla intempestivamente y con demasiada frecuencia. Sin embargo, como en todo puede haber exceso, no tendré dificultad en confesar que Tucídides multiplicó sin necesidad las arengas directas, que estas son

generalmente demasiado largas, y que en varias ocasiones hubiera hecho mejor en contentarse con una breve indicacion indirecta de los puntos capitales contenidos en las que imita."

§ V.

REFLEXIONES.

"Sobre esta especie de aforismos políticos ó morales con que un historiador puede y debe dar realce á su narracion, es necesario prevenir en primer lugar, que las reflexiones sean nuevas, sólidas, interesantes, profundas, breves y nacidas de los hechos mismos. Por consiguiente deben condenarse todas las que, ó sean comunes y trilladas, ó no estén fundadas en la verdad, ó no presenten una instruccion útil é importante, ó sean tan obvias que al lector ménos perspicaz se le ofrecieran, ó se prolonguen demasiado, ó no tengan inmediata conexion con los hechos sobre que recaen."

"En segundo lugar, las reflexiones incorporadas en la narracion como parte del pensamiento mismo narrativo, hacen mas efecto que propuestas con separacion bajo la forma de aforismo ó sentencia. Por ejemplo, hablando Tácito del odio secreto que Livia y Tiberio tenían á Germánico, y que él principió á traslucir, dice que "estaba acongojada por los odios de su abuela y de su tío, odios cuyas causas eran mas activas porque eran injustas;" *quorum cause acriores, quia iniuste*. Esta profunda, nueva, interesante y sólida reflexion, á saber, que el odio de los hombres es mas intenso cuanto mas injusto, hace mejor efecto enunciada de este modo, que si la hubiese propuesto aparte y en forma de sentencia. Al contrario, cuando al hablar del modo con que Domiciano trató á Agrícola, añade: "Es propio del hombre aborrecer á aquel á quien ha ofendido." *Proprium humani ingenii est odisse, quem laeseris*: la observacion es exacta y bellísima, y está bien aplicada; pero el modo de hacerla es, como nota Blair, demasiado abstracto y filosófico."

"Finalmente, de qualquiera modo que se propugnan, y aunque reúnan todas las buenas cualidades indicadas, es menester no prodigarlas con excesiva profusion. El historiador no ha de aspirar á parecer constantemente profundo:

basta que se muestre tal de tiempo en tiempo y con oportunidad. Tácito es hasta ahora el primero de los historiadores en esta parte de las reflexiones, y quizá lo será siempre."

CAPITULO TERCERO.

RELACIONES METÓDICAS DE ESTE PUNTO CON OTROS QUE SE HAN TRATADO EN EL CURSO DE ESTA OBRA.

La historia, como todos los objetos y los conocimientos, está sujeta precisamente á la clasificacion elemental de hechos, relaciones y leyes. Ciertamente es que la historia teniendo por objeto la de los hechos, parece á primera vista que no admite aquella resolucion elemental; pero realmente no es así. La historia es una especie de ciencia práctica, un sabio resumen de los pensamientos que han pasado á la escena de la vida exterior, un cuadro animado del mundo en cualquiera de sus aspectos. Narra pues los hechos; pero los narra presentándolos en sus relaciones cronológicas, topográficas, geográficas, morales, civiles, políticas, &c., &c.; y lo hace de esta manera para fundar la autoridad que ejerce como maestra de la verdad, émula del tiempo, depósito de lo pasado, ejemplo del porvenir, luz de la sociedad, consejera de los príncipes y gobiernos, distribuidora de la gloria, tribunal de la conducta y juicio definitivo de los hombres y los acontecimientos. Nobles y grandes atributos que donde quiera se le han reconocido, y cuya existencia presupone que la historia no solamente recopila y relaciona los hechos, sino tambien deduce de ellos como otras tantas consecuencias infalibles, consejos y máximas sancionadas con los resultados felices ó adversos que muestra la experiencia, y elevados por lo mismo al rango de las leyes. La historia, pues, entraña el triple elemento comun de los hechos que forman su principal objeto, las relaciones que muestran su marcha y forma expositiva, y las leyes que denotan su fin moral y práctico.

Nótese cómo las calidades del historiador y aun las mismas reglas á que debe sujetarse la historia considerada bajo el aspecto de una composicion literaria, presupone el triple criterio de los hechos, las relaciones y las leyes; porque sin él serian del todo vanas y superfluas las reglas de mera forma que se dirigen á su enunciaci6n. Habiendo pues tratado ya de todo lo concerniente á la historia en el discurso de esta obra, réstanos tan solo llamarlo al pun-

to de unidad que demanda su carácter científico, y tal es el objeto del capítulo presente.

Siendo la historia la narración exacta fiel y ordenada de los hechos, preciso es que el historiador posea: primero, el criterio de los hechos; segundo, el de su importancia; tercero, el de sus relaciones; cuarto, el de su sistema expositivo.

El conocimiento de los hechos y la aptitud para referirlos de la manera indicada, presuponen ante todo el de la potencia intelectual y moral que los comprende, califica, narra y aplica; esto es, el conocimiento científico y práctico del hombre intelectual y moral; conocimiento sin el cual el historiador inspiraría mucha desconfianza, y la historia carecería de valor en general. El conocimiento del hombre intelectual y moral, presupone: primero, el del entendimiento y la voluntad, objeto que tratamos en la sección primera de la primera parte; segundo, el de sus efectos en las ideas, objetos que tratamos en la sección segunda; tercero, el de sus efectos morales representados en las pasiones, los vicios y las virtudes. Esta materia supone bien conocidos los principios generales que deben servir de base al criterio de la conducta moral, su aplicación al criterio de la conducta individual y social; y por último, las relaciones que el orden moral tiene con el catolicismo: objetos todos que nos ocuparon en la sección cuarta de la tercera parte.

Conocidos los elementos intelectuales y morales con que debe contar el historiador para apreciar los hechos, debe procederse á la investigación de los diversos órdenes á que pertenecen los hechos para adquirir el conocimiento crítico de los conductos diversos por donde se nos transmiten, puesto que cada uno de ellos tiene una forma propia y un criterio especial. Estos conductos son el sentido íntimo, la relación de los sentidos y el testimonio de los hombres: el primero, para calificar los hechos meramente psicológicos e ideológicos, meramente internos, y que no tienen otro testigo que la conciencia individual; los segundos para apreciar los hechos materiales y externos que afectan los sentidos, que constituyen el orden físico, y sirven de materia al naturalista; los terceros, para calificar el testimonio ajeno, del cual es indispensable servirnos para suplir á las necesidades que no alcanzan á satisfacer nuestros elementos puramente individuales. Limitados en el espacio por la localidad, en el tiempo por nuestro presente, necesitamos de saber por otros medios lo que pasa donde nosotros no estamos, lo que pasaba cuando nosotros no vivíamos, y el único medio de saberlo es el testimonio humano. He aquí porqué nada es tan

necesario para el historiador como poseer el criterio de estos conductos, á fin de no confundir lo verdadero con lo falso en objetos de tan grande interés.

Hai mas, estos conductos mismos sirven á dos órdenes, al natural y al sobrenatural: es indispensable, por tanto, extender hasta ellos el criterio; y para esto se necesitan principios comunes y reglas particulares. De unos y otros hemos tratado ya en las dos primeras secciones de la tercera parte.

Mas como el historiador debe no solamente depurar la verdad del hecho, sino tambien poseer la clave de sus relaciones, y al mismo tiempo la ciencia de sus consecuencias legítimas y aplicaciones prácticas, es indispensable que al criterio histórico, limitado simplemente á los hechos, añada el filosófico, que comprende las relaciones, y tambien el deductivo y legal, que abrazan las consecuencias y aplicaciones prácticas. Al primero hemos consagrado la segunda parte de esta obra; al segundo y tercero, la sección tercera de la tercera parte.

Hemos fijado las reglas metódicas de la materia que al presente nos ocupa, considerando al historiador y á la historia en su fondo: réstanos tan solo manifestar las que tienen ambos, considerada la segunda bajo el aspecto simplemente literario.

Este, restringido á la palabra, presupone un conocimiento claro y distinto de su origen, formación, carácter y ramificaciones diversas, puntos que se contienen en la sección tercera de la primera parte, que puede considerarse como una Gramática general ó exposición metódica de los principios en que se funda la filosofía de las lenguas; y además, aquellas nociones que se refieren á las composiciones literarias en general, cuyo complemento hemos dado en la introducción á esta sección quinta, diciendo lo que faltaba sobre las reglas concernientes á los pensamientos y sus formas, á las expresiones y sus cláusulas.

Para concluir, harémos algunas breves observaciones sobre la utilidad de la historia, sirviéndonos al propósito de los preciosos trabajos del Abate Glaire.

“La historia tiene una importancia de la primera gerarquía, pues que siendo la ciencia de los hechos, es la ciencia de las ciencias, porque sin hechos no hai mas que teorías hipotéticas, sistemas conjeturales, que oscurecen en vez de ilustrar, preocupan en vez de instruir, y son la contradictoria de la verdadera ciencia, que lo es en tanto que tiene un hecho incontestable por punto de partida. Esto

bastaría; pero á mayor abundamiento harémos una indicacion mas pormenorizada de su incontestable utilidad. En primer lugar, sirve la historia de complemento y base á toda buena instruccion literaria, haciendo comprender bien el espíritu de las naciones y de las épocas en que han sido compuestas las obras de los mas grandes ingenios, y facilitando así la inteligencia de las bellezas de todo género en estas obras maestras. El conocimiento exacto de estas épocas históricas, bajo los aspectos indicados, suministra por sí medios competentes á la crítica para discernir lo verdadero en las obras de la imaginacion y apreciar el mérito de la invencion, pues que dan la explicacion de las numerosísimas alusiones que se hallan exparcidas en los escritos de los oradores, poetas y literatos, al paso que contribuyen á la inteligencia de casi todos los monumentos de las artes."

"En segundo lugar, la historia sirve de complemento y apoyo á una buena instruccion científica. ¿De qué manera? Mostrando cómo las ciencias y las artes se han venido desenvolviendo sucesivamente por una série admirable de descubrimientos; y tambien facilitando la comparacion de los procedimientos empleados para la perfeccion de las ciencias y las artes en todas las épocas y en los diferentes países del mundo."

"En tercer lugar, la historia proporciona una experiencia anticipada y segura tan útil para las especulaciones del sabio, como indispensable para la conducta de la vida, presentando á los hombres de vulto en los ejemplos de las mas grandes naciones y mas eminentes personajes, así las faltas que deben evitarse, como el partido que es mas conveniente seguir y el provecho que se puede sacar de las circunstancias."

"En cuarto lugar, es la historia la mas hermosa y eficaz de las lecciones prácticas de moral: porque sus fieles y enérgicas narraciones, hechas á la luz de la filosofía y referidas constantemente al último fin de la humanidad, muestran el crimen en toda su deformidad, presentan la virtud cubierta de honores, é inspiran un saludable temor haciendo gravitar sobre la conciencia el concepto de nuestros contemporáneos y el juicio de la posteridad. De esta suerte ministra tambien un apoyo de cierto género al sentimiento religioso, no solo porque trabaja en el mismo sentido, sino tambien porque á su causa primera debe apelar para explicar todos ó la mayor parte de los fenómenos morales y sociales que llevan sus cuadros. Ligada entónces con la reli-

gion depura los sentimientos de la humanidad, caracteriza y encarece la libertad prudente y sábia, convierte la justicia de las leyes en una condicion indispensable para la fuerza de las instituciones, y colocando la obediencia á estas leyes mismas en el rango de necesidad social, deposita y fecunda en el corazon de los ciudadanos el gérmen de todas las virtudes públicas y privadas."

"En quinto lugar, destruye las peligrosas preocupaciones, el injusto menosprecio que de otra suerte se concibiera respecto de naciones, tiempos y hombres que no se conociesen; quita sus exageraciones al orgullo nacional, ilustra y rectifica las opiniones, modera la accion de los partidos y destruye los peligrosos efectos que el espíritu de secta, de casta, de familia, &c., &c. llevado hasta el fanatismo suele producir en la sociedad."

"En sexto lugar, la historia es la mejor escuela de política que puede presentarse á los grandes hombres, á aquellos que por su talento, su rango, su posicion parecen llamados á figurar en la escena de la vida social. Por esto el gran Bossuet entendia que "cuando la historia fuese inútil para el resto de los hombres, seria siempre indispensable hacerla leer á los príncipes; porque no hai medio mas á propósito para descubrir lo que pueden las pasiones, los intereses, los tiempos, las circunstancias, los buenos y los malos consejos." En el cuadro de la historia se hace una grande revision científica y al mismo tiempo práctica, de la marcha política del género humano, del gradual desarrollo de la sociedad, las formas diversas de gobierno, sus felices y sus desgraciadas aplicaciones, y por consiguiente, de cuanto es necesario para dar un carácter estable é imprimir una marcha regular y útilmente progresiva á la sociedad humana."

"Por último, la historia sirve de fundamento á las ciencias filosóficas y sociales, suministrándoles aquellos hechos, en que descansan sus especulaciones: es como la parte experimental de todas las ciencias."

Coligese de lo expuesto, que la historia debe ser no por cierto el estudio exclusivo; pero sí uno de los principales á que deben consagrarse los hombres de todas clases, estados y condiciones y aun de todas las edades de la vida.

¹ Discurso sobre la Historia universal.

² GLAIRE &c. Encyclopedie catholique. Art. HISTOIRE. (Extracto.)